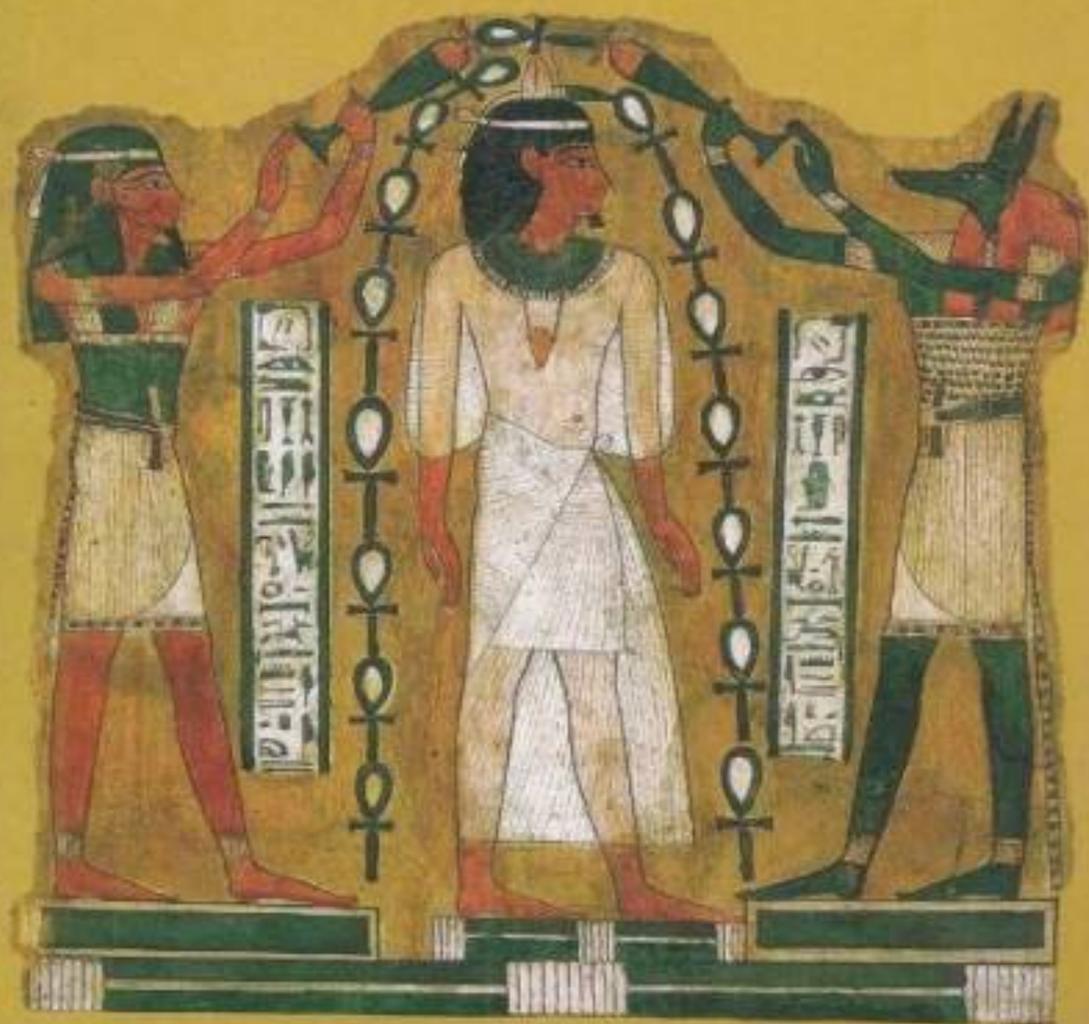


Carol Thurston
EL
AMULETO



GRANDES NOVELISTAS EMECÉ

Annotation

Separadas en el tiempo por más de tres milenios, las vidas de las dos protagonistas de esta novela parecen confluír hacia un punto de encuentro casi mágico. Desde la realidad actual, Kate McKinnon, ilustradora especializada en morfología humana, descubre en los pliegues ocultos de la Historia los secretos de una mujer cuya semejanza le causa tanto perplejidad como fascinación. El lejano pasado se convierte así en un espejo donde Kate buscará las claves de su propia felicidad. Y mientras las dos historias se desarrollan en paralelo, el lector conocerá el mundo de la arqueología moderna, cuyas tecnologías más recientes permiten investigaciones hasta hace poco tiempo impensables, a la vez que asistirá a la conmovedora historia de Aset-hija de Nefertiti y del gran sacerdote Ramoses- y del sabio médico Senakhtenre, quienes hubieron de luchar contra las opresivas leyes de su época.

CAROL THURSTON

El amuleto

Traducción de Edith Zilli

Emecé Editores

Sinopsis

Separadas en el tiempo por más de tres milenios, las vidas de las dos protagonistas de esta novela parecen confluír hacia un punto de encuentro casi mágico. Desde la realidad actual, Kate McKinnon, ilustradora especializada en morfología humana, descubre en los pliegues ocultos de la Historia los secretos de una mujer cuya semejanza le causa tanto perplejidad como fascinación. El lejano pasado se convierte así en un espejo donde Kate buscará las claves de su propia felicidad. Y mientras las dos historias se desarrollan en paralelo, el lector conocerá el mundo de la arqueología moderna, cuyas tecnologías más recientes permiten investigaciones hasta hace poco tiempo impensables, a la vez que asistirá a la conmovedora historia de Aset -hija de Nefertiti y del gran sacerdote Ramoses- y del sabio médico Senakhtenre, quienes hubieron de luchar contra las opresivas leyes de su época.

Título Original: *The Eye of Horus*

Traductor: Zilli, Edith

Autor: Thurston, Carol

©1998, Emecé Editores

ISBN: 9788447350889

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 25/07/2019

Carol Thurston

El amuleto

TÍTULO original: The Eye of Horus

Traducción: Edith Zilli

© 1997 by Carol Thurston

© 1998, Emecé Editores

© 2006, RBA

ISBN-13:978-84-473-5088-9

Depósito legal: B-49291-2006

Cielo y tierra conspiran para que todo cuanto ha existido sea arrancado y reducido a polvo. Tan sólo los soñadores, los que sueñan despiertos, invocan las sombras del pasado y tejen redes con hilo sin enhebrar.

ISAAC BASHEVIS SINGER

Cronología (aproximada) de los faraones de las dinastías XVIII y XIX

años de reinado años a. de C.

AMENHOTEP III 38 1405-1367

AMENHOTEP IV (Ajnatón)

con Amenhotep III 11 1378-1367

solo 6 1367-1361

SMENKJARA (Nefertiti)

con Amenhotep IV 3 1363-1361

TUTANKAMÓN 9 1361-1352

AY 4 1352-1348

HOREMHEB 13 1348-1335

RAMSÉS 2 1335-1333

SETI 29 1333-1304

RAMSÉS II 67 1304-1237

Advertencia

LA MOMIA de Tashat existe realmente y se encuentra en la colección del Instituto de Arte de Minneapolis. En uno de sus dos ataúdes, lleno de complejas pinturas, hay una inscripción que sólo revela que murió a los quince años y que era hija del tesorero del Templo de Amón en Karnak y esposa de un noble de Tebas.

Una radiografía hecha en 1975 revela un esqueleto contorsionado y lleno de fracturas... y un cráneo entre las piernas. Al principio, los directores del museo pensaron que aquel otro cráneo se debía a un error del embalsamador, pero una TAC efectuada por el doctor Derek Notman demostró que era la cabeza de un hombre adulto, cuidadosamente embalsamada y vendada, antes de encerrarse junto con la momia. La parte posterior del cráneo había sido «hundida a golpes» y los fragmentos de hueso estaban en su lugar, pegados por un material parecido al barro. Como el vendaje exterior de Tashat parecía estar intacto (las TAC muestran claramente todas las capas de lienzo en perfecto estado), esto significa que la cabeza fue puesta allí intencionalmente, durante la momificación, y así se descarta la posibilidad de que fuera obra de vándalos o ladrones de tumbas (*The New York Times*, 22 de noviembre de 1983).

Si las lesiones de Tashat ocurrieron antes o después de su muerte, el dato sigue en el misterio, así como la identidad de su compañero y cómo y por qué su cabeza fue a parar a aquella tumba.

Prólogo

Segundo año del reinado de Tutankamón (1359 a. de C.)

Día 16, cuarto mes de la Inundación

Me sobresaltó un ruido súbito, que hizo que mi cálamo se saliera del papiro, tal vez porque mis pensamientos estaban muy lejos de los asuntos de los vivos mientras anotaba lo que había aprendido algunas horas antes, en la Casa de Embellecimiento.

Cogí la lámpara de aceite y fui rápidamente a ver quién me necesitaba aquella noche. Me encontré con un hombre gigantesco, entre dos nubios portadores de antorchas, con el puño en alto para llamar otra vez.

—Llama al médico Senajtenre, y date prisa —ordenó. En sus ojos bailaban llamas, como si fuera un furioso Anubis que viniera a desatar su venganza sobre quien osara profanar a sus muertos.

Levanté la lámpara para aligerar las sombras que arrojaban su nariz picuda y su pesado ceño, y en aquel momento tuve la certeza de haberlo visto antes, pues la suya es una cara inolvidable, con la cicatriz blanca que le cruza una mejilla y se hunde después en una boca implacable.

—Yo soy Senajtenre.

—Ven, pues. No hay tiempo que perder.

—Antes voy a recoger mi bolsa de medicinas.

—Pero no se te ocurra perder tiempo, *sunu*, o la señora que esta noche está arrodillada en los ladrillos morirá. Y si eso sucediera, acabarías lamentando que la luz de Amón haya caído jamás sobre tu umbral.

Dominé la lengua, sabiendo que el hombre inferior siempre necesita darse importancia, justamente porque no

la tiene, y fui a recoger los paquetes de hierbas que podían hacerme falta para atender a una parturienta. Después me eché la bolsa al hombro y, tras apagar todas las lámparas, menos la que arde en mi altar dedicado a Thot, me reuní con ellos ante mi puerta.

El hombre imponía un paso rápido, evitando las calles y las callejuelas donde la gente aún bebía y conversaba, celebrando la noticia de que el joven Horus sobre la Tierra hubiera tomado a la princesa Anjesenamón como Esposa Principal. En los límites de la ciudad cogimos el sendero que lleva al recinto amurallado de Amén. Mi silencioso guía, en vez de rodear el gran templo del dios, me llevó a las torres gemelas que sostienen el gran pórtico del templo de Osiris Amenhotep. Ya en el patio interior, continuamos por la orilla del Lago Sagrado, sin detenemos siquiera a rendir homenaje al dios cuyo venerable suelo pisábamos. Después recorrimos un camino conocido sólo por los sacerdotes, lo cual me hizo preguntarme para qué necesitaba un amo tan rico a un médico vulgar como yo, si podía recurrir a cualquiera de los excelsos sacerdotes de la Casa de la Vida.

Pasamos a través de una puerta abierta en una de las murallas del templo, y la oscuridad nos rodeó por completo hasta que llegamos a una caseta de guardia, emplazada en otro de los muros. A un grito de mi taciturno acompañante se abrió otra puerta, dejando ver una grandiosa residencia blanca. Me pareció casi viva, como una trémula mariposa blanca con las alas extendidas. Cuando nos aproximamos a la elevada parte central de la casa, vi que en las dobles puertas de madera estaban esculpidos los animales que representan a los siete dioses de la creación, con incrustaciones de cornalina, ébano y marfil.

Entramos y mi acompañante me guió, a través de una antecámara y un corredor en penumbra, hasta una gran sala de techo muy alto. Allí las paredes carecían de decoración, igual que las seis columnas en forma de loto que sos-

tenían otras tantas vigas de madera oscura, donde, en contraste con el resto, todo el panteón de los dioses, en figuras de vivos colores, bailaban y jugaban en su jardín celestial. En mis veintidós años de vida nunca había visto un salón semejante, a un tiempo sereno y lleno de vida, una paradoja que aún estaba intentando desentrañar cuando un hombre se levantó de un banco acolchado, en el otro extremo de la habitación, y se acercó a mí.

Parecía tener alrededor de treinta y cinco años, aunque la túnica blanca y sin mangas descubría el brazo musculoso de un hombre diez años menor. Sólo cuando pasó bajo la lámpara que colgaba de una viga noté que tenía la cabeza limpiamente rasurada. Sin embargo, llevaba sandalias de piel roja bajo la larga falda blanca: otra paradoja, pues no es común que un sacerdote se calce.

—¿Eres el médico Senajtenre?

Asentí, juntando las palmas sin apartar los ojos de los suyos, que tenían el color del cielo en la tarde.

—Con mi señora sólo se han quedado la partera y dos sirvientas —dijo sin ceremonias—. A los otros les he ordenado que salieran.

Me costó creer que un hombre semejante privara a una de sus mujeres, aunque fuera la más humilde de sus concubinas, de los encantamientos de los sacerdotes. Seguramente mis pensamientos se me reflejaron en la cara.

—Sí, *sunu*. Tu reputación te precede, incluso aquí. Pero te prevengo que no debes caer en el orgullo. Si necesitas ayuda, basta con que lo digas para que yo envíe a un mensajero a la Casa de la Vida o adónde sea. Pero por lo demás, deberás considerar lo que suceda aquí como una visión que llegó a ti durante el sueño y que carece de sustancia a la luz de Ra.

—Así lo hago con todos los que atiendo, mi señor. Lo que sabes de mí no surgió de mi boca, sino de la de ellos.

—Ve con ella, pues, y que Amón te guíe, así como a mi hijo. —Señaló con un gesto a su sirviente, que esperaba en

el umbral de la puerta—. Pagosh te indicará el camino.

Seguí a mi silencioso acompañante por una escalera, hasta un dormitorio dentro de unos aposentos dignos de una diosa. Allí yacía la señora del sacerdote, encogida como debió haberlo estado en el vientre de su madre. A un lado de la habitación, dos sirvientas iban y venían alrededor de un banquillo de parto, mientras una abuela de pelo blanco, sentada junto a la cama con dosel, canturreaba una siniestra canción de cuna. Cuando me vio entrar se levantó para saludarme.

—Has venido, gracias a Amón. Soy Harua, partera de la Divina Consorte del Padre de Dios. Pero temo que sea demasiado tarde, incluso para alguien como tú, que conoce los secretos del gran Imhotep, ¡que su *ka* viva eternamente!

Aquello me sobresaltó como un lanzazo: el hombre que me había recibido abajo era el sacerdote llamado Ramosis, superintendente de las tierras de Amón-Ra y de todos sus frutos, por no hablar del creciente tesoro del dios.

—Iniciaré el tratamiento —murmuré, sin fingir siquiera que consultaba mis rollos, aunque estaba comprometíendome a conseguir un resultado favorable: si fracasaba, cometería un delito y podrían denunciarme. Primero puse los dedos en el cuello de la señora, después en la base de la garganta, y comprendí inmediatamente que no podría parir a menos que le fortaleciera el corazón.

Extraje de la bolsa un poco de lengua de hiena disecada y ordené a una de las sirvientas que me trajera una jarra de cerveza.

—Y tú —le dije a la otra, señalando la palancana que descansaba en un brasero, en un rincón de la habitación— arroja eso afuera y llénalo de agua limpia.

Al instante extendí una mano sobre el vientre de la señora, para determinar el momento en que empezara a tensarse. Cuando su garganta emitió un áspero sonido, la miré

de frente por primera vez... y aparté la mano como si hubiera tocado una llama.

Durante un momento no pude sino mirar fijamente el semblante que creía desaparecido de esta vida para siempre, salvo del pilón ante el templo de Ra-Horajte, donde se la ve en ademán de caminar. Pero en su rostro se adivinaba la sombra de su real padre, en sus ojos almendrados y su fuerte mandíbula. Por mucho que yo quisiera dudar de mis ojos, mi corazón sabía quién era.

Nefertiti. La Bella. Hija de Amenhotep el Magnífico. Gran Esposa Real del hereje Ajnatón, Reina de las Dos Tierras. Y después, ya cerca del final, Nefer-neferu-atón Semenkjara, Horus en la Tierra.

Pero yo no era ni reina ni rey y yo no tenía ni idea de cómo dirigirme a ella, ni siquiera en la intimidad de mis pensamientos, puesto que ningún otro dios en la tierra había descendido nunca del Trono de Horus, salvo por la muerte.

Al menos, sabía que aquel hijo no era el primero. Traté de imaginar otros motivos por los que se negara a salir, pero el hedor de los ritos celebrados por los sacerdotes que me habían precedido era como humo en los ojos.

—¿Por qué no habéis quemado incienso para perfumar el aire? —pregunté a la partera.

—Su majestad no quiere... —comenzó Harua, antes de corregirse—: Mi señora se queja de que el humo le irrita los ojos.

—De todas maneras, hazlo —ordené, para hacerle saber que era yo quien mandaba.

Luego vertí un poco de cerveza en mi taza de bronce, añadí una medida de lengua de hiena molida, revolví la mezcla con un palillo de madera y la dejé reposar. A continuación me restregué las manos con polvo de natrón de Wadi y las puse nuevamente sobre el abultado vientre de la señora, esta vez para buscar, en la parte inferior, la curva de la cabeza del bebé. Pero no estaba donde yo esperaba ha-

llarla y tampoco encontré allí las nalgas. Aquello era todo lo que necesitaba saber. Cogí de mi bolsa un cuerno limpio y, después de introducir el extremo estrecho entre los labios de la mujer, vertí en él algunas gotas de la cerveza con la medicina. Cuando el líquido se le escurrió por la garganta, ella se atragantó y abrió bruscamente los ojos.

—No te inquietes, señora. Soy Senajtenre, el médico.

Me escrutó la cara unos instantes. Después, tomó la taza de mi mano y bebió todo su contenido. La siguiente contracción hizo que encogiera aún más los hombros y las rodillas, pero no emitió ni un quejido.

—Gritar no duele y hasta puede ayudar —le dije, pues no podía darle nada para calmar el dolor sin debilitar su voluntad de expulsar a la criatura.

Mientras se relajaba poco a poco, introduje los dedos por el canal de nacimiento y vi que el cuello del útero estaba lo suficientemente dilatado para que la criatura pasara. Después, con una mano fuera y la otra dentro, determiné que el bebé venía de lado.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —pregunté a Harua, dejando la mano extendida sobre el vientre de la señora, para ver cuánto se movía el bebé en la siguiente contracción.

La partera echó una mirada a la clepsidra.

—Tres horas, quizá cuatro. Habría mandado antes a buscarte, pero los sacerdotes tenían que discutir sobre cómo ardía la piel de camero y consultar sus rollos... —se interrumpió, temiendo haberse excedido.

—En ese caso, seguro que Isis cuida de ella —le aseguré.

Se iniciaba otra contracción. Al levantar la vista, descubrí que la antigua reina me observaba con mirada de halcón.

—Escúchame bien, *sunu* —susurró, esforzándose en incorporarse sobre los codos—. He oído hablar mucho de tu habilidad con las parturientas, y creo que no son cuentos

de viejas. Si me fallas, no creas que vivirás para contarlo. Esta criatura debe vivir. Debe vivir. ¿Está claro?

—Entonces implora a Isis que cuide de tu hijo un poco más, mientras yo trato de poner sus pies en el camino hada este mundo.

—¡No necesito pedir ayuda a ningún otro dios! —Así que se proclamaba inmortal, incluso en mitad de un acto que compartía con todas las mujeres mortales. Una vez que el útero se aflojó, le pedí que aspirara profundamente y, cogiendo con una mano la cabeza de la criatura y con la otra sus nalgas, empecé a hacerla girar al mismo tiempo que la empujaba hacia abajo. Durante un rato trabajamos juntos, mientras las contracciones se hacían cada vez más intensas. Pero ella no pronunció un solo sonido, mucho menos el alarido que debía haberle desgarrado la garganta. Su fuerza de voluntad me inspiró un respeto sobrecogedor.

Un súbito movimiento deslizante me indicó que la criatura había adoptado una postura diferente. Entonces posé una mano en el vientre de la señora, listo para apretar, y aguardé.

Pocos minutos después tema en las manos a una diminuta niña. Le limpié el moco de la nariz y le introduje un dedo en la boca, para abrir paso a la respiración. Su pecho se dilató con el aire que le llenó los pulmones y la pequeña dejó escapar un grito fuerte y colérico.

—Tienes una hija —informé a su madre.

Supuse que para ella no era una novedad, pues ya había alumbrado a seis, engendradas por el Hereje. Tras depositar a la niña sobre el vientre de su madre, até el cordón umbilical con dos hebras de lino y esperé a que se calmara la palpitación de la sangre. Entonces, utilizando el cuchillo que Harua había calentado en las llamas del brasero, corté el vínculo que las unía, el acto que más me desconcierta entre todos los que realizo como médico, porque desde ese momento todos debemos vivir en la soledad más absoluta, durante toda la eternidad. Sin embargo, fue entonces